

De la autora de
EL PRÓXIMO AÑO EN LA HABANA

Chanel Cleeton
CUANDO SALÍ
de **CUBA**

Traducción:
ÁLVARO ABELLA



MAEVA

*Por los sueños que se nos escapan entre los dedos.
Que los podamos abrazar algún día.*

Prólogo

26 de noviembre de 2016

Palm Beach

LLEGA POCO DESPUÉS de la medianoche, al final de la velada, esas horas mágicas y con encanto. Está envuelta y en una elegante cesta adornada con un exagerado lazo rojo. La entrega un hombre serio de traje anodino que se marcha de la dirección señorial de Palm Beach tan rápido como ha llegado, a bordo de un Rolls plateado propiedad de uno de los residentes más notorios de la isla.

La mujer recoge la cesta. Su noche estaba a punto de concluir justo antes de ponerse a desenvolver el contenido del paquete al abrigo del salón decorado con colores vivos. Cuando unas palabras familiares en francés la saludan, empieza a comprender.

Una lágrima le resbala por la mejilla.

El celofán del envoltorio le cruje en la palma de la mano; el cristal es un bálsamo refrescante contra su piel, como si lo hubieran puesto a enfriar y llevase todos esos años esperándola. Saca la botella de la cesta y se dirige con el champán al bar del salón. Los dedos repletos de joyas tiemblan sobre el precinto en busca del tapón.

El desafiante estallido del corcho rompe el silencio de la noche. A pesar de lo tarde que es, se trata de una ocasión demasiado importante como para dejarla pasar. Su paz pronto se verá interrumpida por otros sonidos: el timbre del teléfono, la conversación con amigos y familia, una especie de celebración tras una guerra interminable. Pero, de momento, está esto...

El champán le estalla en la lengua. Es el sabor de la victoria y la derrota, del amor y la pérdida, de noches de fiesta y decadencia en La Habana y días en el exilio de Palm Beach. Levanta la copa en un brindis silencioso. La visión de su mano, que ya no es la de una mujer joven, sino que está algo más curtida, sigue sorprendiéndola. Las arrugas, que no podrá borrar por muchas visitas que haga al cirujano plástico, son una sutil burla del tiempo, el ladrón más cruel de todos.

¿Cuándo se había hecho tan mayor?

La cesta no lleva ninguna nota, pero no la necesita. ¿Qué otra persona le podría enviar un regalo como ese, caro, emotivo, perfecto para ella?

Nadie más que él.



Enero de 1960

Palm Beach

COLECCIONAR PROPUESTAS DE matrimonio es algo así como cosechar extravagancias. Tener una es algo absolutamente indispensable para que te admiren en la alta —o no tan alta— sociedad; dos te aseguran ser la más codiciada en las fiestas; tres añaden una pizca de misterio; cuatro son un escándalo y cinco..., bueno, cinco te convierten en una leyenda.

Agacho la cabeza para mirar al hombre —¿cómo se llamaba?— que está haciendo el ridículo con la rodilla hincada ante mí en un equilibrio precario debido a un exceso de champán e insensatez. Es un primo segundo del venerable clan de los Preston, emparentado con un exvicepresidente y primo de un senador de los Estados Unidos en la legislatura actual. Su esmoquin es elegante y su fortuna quizá algo modesta, pero optimista ante la perspectiva de la generosa herencia de una tía fallecida. Tiene el mentón retraído, fruto de demasiados matrimonios entre Prestons.

Andrew. O tal vez Albert. ¿Adam?

Nos hemos visto varias veces en fiestas como esta, en Palm Beach, festejos en los que en el pasado yo era la reina de La Habana, y a los que ahora para ser admitida me veo obligada a arrastrarme y agachar la cabeza. Seguramente podría acabar con algo peor que un primo segundo de la realeza americana. A fin de cuentas, los mendigos no pueden elegir, y los exiliados, menos. Lo más prudente sería aceptar su propuesta —la quinta de mi feliz cuenta— y

seguir los pasos de mi hermana Elisa hacia el sacramento del sacramento matrimonio.

Pero ¿qué tiene eso de divertido?

Las murmuraciones rozan mi vestido al pasar. Mi nombre, Beatriz Pérez, en sus labios. Noto en la espalda el peso de las miradas curiosas. Las palabras se arrastran hasta mí, trepan por mi falda, me arrancan las joyas falsas del cuello y las arrojan al suelo.

«Mírala.»

«¡Arrogante! Como toda su familia. Alguien debería decirles que esto no es Cuba.»

«Esas caderas. Ese vestido.»

«¿No lo habían perdido todo? Fidel Castro nacionalizó todas las plantaciones de azúcar que tenía el padre.»

«¿Es que no tiene vergüenza?»

Mi sonrisa brilla, más reluciente que las joyas falsas del cuello e igual de sincera. Observo a la multitud y paso de Alexander, que de rodillas parece un grumete mareado; recorro con la mirada a la guardia de Palm Beach, que me lanza puñales, para terminar en mis hermanas Isabel y Elisa, en un rincón con copas de champán en la mano. Al verlas recuerdo que no debo humillarme ante nada ni nadie, y me envalentono.

Me dirijo a Alistair:

—Gracias, pero no puedo aceptar.

Uso un tono jovial, como si todo aquello no fuera más que una broma de borrachos, como deseo que sea. La gente no va por ahí enamorándose y pidiendo manos a la primera de cambio, ¿verdad? Seguro que eso es... inapropiado.

El pobre Arthur parece sorprendido por mi respuesta.

Quizá al final esto no sea una broma.

Se recupera poco a poco. La misma sonrisa relajada que tenía instantes antes de arrodillarse regresa vengativa a su rostro, que recobra lo que es probable que sea su gesto natural: el de alguien permanentemente satisfecho consigo mismo y con el mundo que habita. Toma mi mano extendida con su palma sudorosa y se incorpora con un balanceo inestable. De los labios se le escapa un gruñido.

Entorna los ojos cuando estamos a la misma altura, o casi a la misma, al menos, gracias a los centímetros de más que me proporcionan los tacones que me ha prestado mi hermana Isabel.

El brillo en los ojos de Alec me recuerda a los de un niño privado de su juguete preferido, y que te lo hará pagar más adelante con una rabieta bastante efectiva.

—Déjame adivinar. ¿Dejaste a alguien en Cuba?

Su tono es lo bastante hiriente como para desgarrarme la piel.

Recupero mi sonrisa de diamantes, pulida desde pequeña por mi madre y muy útil en situaciones como esa, con las comisuras afiladas y crispadas para avisar al receptor de los peligros de acercarse demasiado.

Yo también muerdo.

—Algo así —miento.

Ahora que uno de los suyos vuelve a estar de pie y ya no se postra ante la intrusa a la que se han visto obligados a tolerar esa temporada social, la multitud aparta su atención de nosotros con un resoplido, un suspiro y un frenesí de vestidos hechos a medida. Poseemos justo el dinero y la influencia suficientes —el azúcar es casi tan lucrativo en América como en Cuba— para que no puedan permitirse cortar con nosotros del todo, aunque no lo bastante como para evitar que nos devoren como una elegante manada de lobos al acecho de carne roja. Fidel Castro nos ha convertido a todos en mendigos y, solo por eso, le atravesaría el corazón con un cuchillo.

De repente siento que las paredes están demasiado juntas; las luces en la sala de baile, demasiado relucientes; mi corpiño, demasiado apretado.

Hace casi un año desde que salimos de Cuba para lo que se suponía iban a ser unos meses, hasta que el mundo se diese cuenta de lo que Castro le había hecho a nuestra isla. América nos acogió con los brazos abiertos, o casi.

Estoy rodeada de gente que no me quiere aquí, aunque oculten su desprecio bajo una sonrisa cortés y una simpatía fingida. Me miran por encima del hombro, con sus narices de patricios, porque mi familia no lleva en Estados Unidos desde la fundación del país,

ni llegó en barco desde Inglaterra o tonterías por el estilo. Mis rasgos son un pelín demasiado oscuros, mi acento un pelín demasiado extranjero, mi religión un pelín demasiado católica, mi apellido un pelín demasiado cubano.

De pronto una anciana que comparte el color y los rasgos de Anderson se nos acerca y me clava una mirada hiriente diseñada para bajarme los humos. Desaparece envuelta en una nube de Givenchy y vuelvo a estar a solas.

Si por mí fuera, no acudiríamos a este tipo de fiestas —a excepción de esta—, ni intentaríamos congeniar con la alta sociedad de Palm Beach. Pero lo que yo quiera no cuenta. Lo hago por mi madre y mis hermanas, y por la necesidad de mi padre de extender su imperio comercial mediante los contactos sociales. Para que nadie tenga el poder de destruirnos de nuevo.

Y, por supuesto, lo hago por Alejandro.

Recojo el borde de mi vestido con la mano, con cuidado de no rasgar la delicada tela, y me dirijo a uno de los balcones de la sala.

Atravieso las puertas abiertas y accedo a una terraza de piedra. La brisa me levanta la falda del vestido. Hace un poco de fresco, el cielo está despejado y las estrellas brillan junto a una luna llena. El mar es un leve rugido en la lejanía. Es el sonido de mi infancia y mi juventud, que me llama como un canto de sirena. Cierro los ojos, me pellizco e imagino que estoy en otro balcón, en otro país, en otra época. ¿Qué pasaría si ahora me dirigiera hacia las aguas, si abandonara la fiesta, me quitara los incómodos zapatos y removiera la arena con los dedos de los pies mientras el mar me rodea los tobillos?

Una lágrima me resbala por la mejilla. Jamás imaginé que fuera posible echar tanto de menos un lugar.

Me froto la piel húmeda con el dorso de la mano y dirijo la mirada al extremo del balcón, hacia las palmeras que se mecen a lo lejos.

Hay alguien apoyado en la balaustrada, con medio cuerpo envuelto en la oscuridad y el resto iluminado por un rayo de luz de luna.

Es alto. Pelo rubio, tirando a pelirrojo en realidad. Descansa los brazos en la barandilla. Las espaldas anchas estiran su esmoquin entallado.

Retrocedo y él se gira...

Me quedo helada.

¡Oh!

¡Oh!

Cuando la gente lleva toda la vida diciéndote que eres guapa suele suceder que, cuanto más lo escuchas, menos importancia le das. Y es que, ¿qué significa «ser guapa»? ¿Que tus rasgos presentan una forma que a alguien, en algún lugar y de modo arbitrario, se le ocurrió que resultaba agradable? «Guapa» casi nunca va acompañado de las otras cosas que podrías ser: inteligente, interesante, valiente. Pero, aun así...

Ese hombre es guapo. Escandalosamente guapo.

Parece como si lo hubieran pintado a trazos gruesos, el rostro inmortalizado por los toques y giros vigorosos del pincel del artista, como un dios bajado a la tierra para inmiscuirse en los asuntos de los simples mortales.

Irritantemente guapo.

Parece el tipo de hombre que nunca ha tenido que preocuparse por si tendrá un techo sobre la cabeza, ni temido que su padre muera en una celda junto a otros ocho presos, ni huido de la única vida que ha conocido. No, parece el tipo de hombre al que le dicen que es perfecto desde el momento en que se despierta por la mañana hasta el instante en que su cabeza se posa sobre la almohada por la noche.

Se ha fijado en mí, también.

Chico de Oro se apoya en la barandilla y cruza los fuertes brazos sobre el pecho. Su mirada arranca en la punta de mi cabeza, en ese peinado que nos ha tenido enfrascadas a Isabel y a mí durante una hora mientras maldecíamos la falta de una criada que nos ayudase. Recorre mi pelo negro, atraviesa de arriba abajo mi rostro y desciende hacia al escote que enseña el corte bajo de mi vestido, junto a las joyas falsas y chabacanas que de pronto me hacen sentir barata —como si pudiera ver que soy una impostora—, para finalizar en la cintura y las caderas.

Retrocedo otro paso.

—¿Debería llamarte prima?

Sus palabras me detienen en seco y me sostienen con la firmeza de una mano posada en la cintura, como si fuera el tipo de hombre acostumbrado a doblegar a los demás a su voluntad con poco esfuerzo, cuando no ninguno.

Detesto a esos hombres.

Como ya he aprendido, su voz suena a lo que en este país significa dinero: delicada, nítida, sin ningún atisbo de acento extranjero, o cuando menos de los malos. Un tono de voz seguro y consciente de que cada palabra será saboreada.

Arqueo las cejas.

—¿Disculpe?

Se aparta de la barandilla y sus largas piernas recorren la distancia que nos separa. Se detiene cuando está tan cerca que tengo que alzar la barbilla para mirarlo a los ojos.

Tiene los ojos azules, del color de las aguas profundas en el Malecón.

Sin romper el contacto visual, estira un brazo y su pulgar me recorre el dedo anular desnudo. El roce es electrizante y me despierta del bodrio de fiesta de la que me he cansado hace horas. Tuerce la boca con una sonrisa y se le forman unas pequeñas arrugas alrededor de los ojos. ¡Qué alegría ver que hasta los dioses tienen defectos!

—Andrew es mi primo —me ofrece a modo de explicación, con un tono algo burlón.

He comprobado que la mayoría de los ricos que todavía son ricos de verdad consiguen alcanzar ese tono, aunque añadir un pelín más de hilaridad resultaría algo demasiado torpe.

«Andrew.» La quinta propuesta de matrimonio ya tiene nombre. Y el hombre que tengo delante es probable que posea un apellido prestigioso. ¿Será un Preston o simplemente estará emparentado con alguno, como Andrew?

—Estábamos todos conteniendo la respiración a la espera de ver qué decías —comenta.

Otra vez esa leve jocosidad, una especie de arma cuando está bien afilada. Posee ese aire de superioridad que todos parecen

tener aquí, pero me da la sensación de que se ríe conmigo y no de mí, lo cual es una novedad agradable.

Le honro con una sonrisa un poco limada en los bordes.

—Tu primo sabe elegir el momento oportuno y parece evidente que le gusta llamar la atención de la multitud.

—Por no mencionar su excelente gusto —replica Chico de Oro con suavidad, mucha suavidad, y responde a mi sonrisa con otra, marca de la casa, más reluciente todavía que la anterior.

Si ya era guapo, esto es sencillamente increíble.

—Cierto —acepto.

En los últimos tiempos no gasto demasiada falsa modestia. Si tú no vas a defenderte, ¿quién lo hará?

Se inclina un poco más hacia mí, como para compartir un secreto.

—No me extraña que los tengas a todos loquitos.

—¿Quién? ¿Yo?

Se ríe por lo bajo, un sonido débil, seductor, como el primer sorbo de ron enrosándose en el estómago.

—Sabes el efecto que produces. Te he visto en el salón de baile.

¿Cómo he podido no fijarme en él? No es de los que pasan desapercibidos entre el gentío.

—¿Y qué has visto? —pregunto, envalentonada por el hecho de que todavía no ha apartado la mirada.

—A ti.

Se me acelera el pulso.

—Solo a ti. —Su voz apenas es audible entre el sonido del mar y el viento.

—Pues yo no te he visto. —Mi voz suena ronca, como si perteneciese a otra persona, alguien pasmado ante esta situación.

Yo tampoco he apartado la mirada de él.

Agranda un poco los ojos y un hoyuelo le perfora la mejilla, otra imperfección que guardar, aunque añada más carácter que defecto.

—Seguro que sabes cómo hacer que un chico se sienta especial.

Cierro los puños para evitar caer en la tentación, para resistirme a estirar el brazo y posarle la mano en la mejilla.

—Sospecho que a ti mucha gente te hace sentir especial.

Esa sonrisa otra vez.

—Lo hacen —admite.

Me muevo un poco hasta colocarme a su lado, hombro con hombro, y ambos contemplamos el cielo iluminado por la luna.

Me mira de soslayo.

—Imagino que es cierto, entonces.

—¿El qué es cierto?

—Dicen que en La Habana eras como una reina.

—En La Habana no hay reinas. Solo un tirano que quiere ser rey.

—¿Debo tomármelo como que no te caen muy bien los revolucionarios?

—Depende de a qué revolucionarios te refieras. Algunos fueron útiles. Fidel y los suyos no son más que unos buitres dándose un festín con la carroña en que se ha convertido Cuba. —Avanzo un paso, apartándome de él para que la falda larga de mi vestido se roce con los pantalones de su elegante esmoquin. Lo siento a mi espalda, su aliento en mi nuca, pero no me giro para mirar—. Había que deponer al presidente Batista. En eso, tuvieron éxito. Ojalá pudiéramos librarnos ahora de los vencedores.

Me giro para mirarlo a la cara.

Su mirada se ha afilado, pasando de un brillo indolente a algo mucho más interesado.

—Y sustituirlos ¿por quién, exactamente?

—Un líder que se preocupe por los cubanos y por su futuro. Que esté dispuesto a liberar a la isla del yugo americano.

Me importa poco que él sea americano; yo no lo soy y no tengo ninguna intención de fingir serlo.

—Un líder que reduzca la influencia del azúcar —añado, unas palabras que difieren de la posición de mi familia. A pesar de la fortuna que nos ha dado, es imposible negar el efecto destructivo de la industria azucarera en la isla, por mucho que nuestro padre lo intente—. Uno que nos traiga libertad y una verdadera democracia.

Guarda silencio, su mirada de nuevo evaluadora, y no estoy segura de si es a causa del viento o de su aliento en mi cuello, pero se me pone la piel de gallina.

—Eres una mujer peligrosa, Beatriz Pérez.

Tuerzo los labios. Ladeo la cabeza para estudiarlo mientras intento desesperadamente resistir el leve cosquilleo de placer que me produce la frase «mujer peligrosa» y el hecho de que conozca mi nombre.

—Peligrosa, ¿para quién? —me burlo.

No responde, pero, una vez más, no tiene que hacerlo.

Otra sonrisa. Otro hoyuelo en las mejillas.

—Apuesto a que has dejado un reguero de corazones rotos a tu paso.

Me encojo de hombros y me doy cuenta de que su mirada se ve atraída por mi hombro desnudo.

—Tres o cuatro propuestas de matrimonio, tal vez.

—¿Vástagos del ron y barones del azúcar, o barbudos luchadores por la libertad de melena revuelta?

—Digamos que mis gustos son variados. Una vez besé al Che Guevara.

No sabría decir quién está más sorprendido por este anuncio. No sé por qué lo he dicho, por qué comparto con un completo desconocido un secreto que ni siquiera mi familia conoce. Para sorprenderlo, tal vez; estos americanos se escandalizan con mucha facilidad. Para advertirle de que no soy una tímida jovencita que se presenta en sociedad. He hecho y visto cosas que no puede imaginar. Y también, quizá, porque me siento poderosa pensando en hasta dónde fui capaz de llegar en un intento fallido de que soltaran a mi padre de aquel infierno que era La Cabaña, la cárcel de Guevara. Sirve para una buena historia, aunque por dentro me avergüenzo de aquella jovencita cuya soberbia le hizo pensar que un beso podría salvar una vida.

—¿Lo disfrutaste? —El gesto de Chico de Oro es inescrutable, se ha colocado una máscara inteligente y eficaz. No puedo decir si está escandalizado o si le doy lástima. Prefiero el escarnio de la sociedad a su compasión.

—¿El beso?

Asiente.

—Hubiera preferido cortarle el cuello.

En su favor, cabe decir que no se inmuta ante mi sanguinaria respuesta.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

Me sorprende, y tal vez a él también, al optar por la verdad en lugar del embuste.

—Porque estaba cansada de que me pasaran cosas, y quería ser yo quien hiciese que estas pasaran. Porque estaba intentando salvar la vida de alguien.

—¿Y lo conseguiste?

El sabor de la derrota me llena la boca de ceniza.

—Esa vez, sí.

La sensación de poder llega acompañada de otra emoción, el recuerdo de la otra vida que no pude salvar, el frenazo de un coche al detenerse ante el enorme portón de nuestra casa, la puerta que se abre, el cadáver todavía caliente de mi hermano gemelo que cae al suelo, la sangre que mancha las escaleras en las que jugábamos de niños, su cabeza en mi regazo mientras lloro.

—¿Las cosas están tan mal como cuenta todo el mundo? —Su tono adquiere una dulzura que casi no puedo soportar.

—Peor.

—No me lo puedo imaginar.

—No, no puedes. No tienes ni idea de lo afortunado que eres por haber nacido en esta época y en este lugar. Sin libertad, no tienes nada.

—¿Y qué le dirías a un hombre al que solo le quedan unos pocos minutos de libertad?

—Que corra —respondo con tono irónico.

El fantasma de una sonrisa le atraviesa el rostro, pero resulta evidente que no me compra lo que le cuento, y me gusta que sea así, que sea capaz de ver más allá de la fachada.

—Que saboree los últimos minutos que le quedan —corrijo mi respuesta.

Quiero preguntarle cómo se llama, pero el orgullo me hace contenerme. El orgullo, y el miedo.

En este momento, no hay cabida para ciertos lujos en mi vida.

Parpadeo, solo para que me ofrezca una palma extendida, esperando a que la mía se le una.

—¿Bailas conmigo?

Trago saliva, con la boca seca de repente. Ladeo la cabeza y lo observo mientras finjo que mi corazón no late atronador en mi pecho, que mi mano no anhela tomar la suya.

—¿Por qué suena más a reto que a una invitación?

La música es un leve murmullo de fondo en la noche, las notas se cuelan en el balcón vacío.

—¿Me concedes este baile, Beatriz Pérez, besadora de revolucionarios y ladrona de corazones?

Se pasa de zalamero, y me encanta que sea así.

Muevo la cabeza con una sonrisa juguetona en los labios.

—Yo no he dicho nada de robar corazones.

Responde a mi sonrisa con una de las suyas, espectacular, y la descarga me sacude.

—No. Lo digo yo.

¿En serio tengo alguna oportunidad?

Avanza un paso, reduciendo aún más el espacio que nos separa. Su colonia inunda mi nariz, mis ojos quedan a la altura del blanco immaculado de la pechera de su camisa. Me posa una mano en la cintura y siento el calor de su palma a través de la fina tela del vestido. Toma mi mano con la que tiene libre y nuestros dedos se entrelazan.

El corazón me da un vuelco en el pecho mientras sigo sus pasos. Como era de esperar, es un bailarín nato y confiado.

No hablamos, pero, una vez más, teniendo en cuenta la conversación que mantienen nuestros cuerpos —el roce de la tela, el contacto de extremidades, los toques fugaces que se graban en la piel—, las palabras parecen superfluas y mucho menos íntimas.

Lo bueno de coleccionar propuestas de matrimonio es que la gente asume que eres una ligona, y puede que lo haya sido, hace

mucho, pero ahora me resulta forzado el coqueteo. Estoy en algún punto entre la chica que fui y la mujer que quiero ser.

La canción termina y empieza otra demasiado rápido, nuestro baile se prolonga hacia la eternidad al mismo tiempo que termina en un abrir y cerrar de ojos. Me suelta con un sutil movimiento de hombros, el aire fresco corre entre nosotros, mis dedos echan de menos estar en contacto con los suyos, el *shock* de su ausencia es demasiado agudo.

Le miro a los ojos y me preparo para el ataque de flirteo que presumiblemente se avecina, la invitación a comer o cenar, los cumplidos sobre mi forma de bailar, el calor en su mirada. Ahora mismo no estoy para enredos románticos, aunque me imagino que me gustaría bastante enredarme con este hombre.

—Gracias por el baile —dice con una sonrisa.

Contemplo cómo se aleja, convencida de que se dará la vuelta para mirarme.

No lo hace.

La sorpresa me invade mientras él desaparece en el salón, en ese mundo al que por supuesto pertenece. Pasan unos minutos antes de que me sienta lista para volver al interior, al brillo de las lámparas de araña y al centelleo afilado en la mirada de los otros invitados.

Atravieso la puerta del balcón. Isabel está en un lateral; no se ve a Elisa por ninguna parte.

—Se ha ido a casa. No se sentía bien —responde Isabel cuando le pregunto dónde está nuestra hermana.

Un camarero se nos acerca con una bandeja de copas de champán en la mano. Más camareros por la sala ofrecen lo mismo a otros invitados, un murmullo recorre la fiesta, susurros escondidos tras manos ahuecadas, nombres que circulan en boca de todos, la calma antes de que estalle un escándalo.

Curiosa por el cotilleo que todos parecen estar compartiendo, ojeo la multitud en busca de Chico de Oro, en busca de...

Está junto a la orquesta, al fondo de la sala, con un matrimonio mayor y una mujer.

¡Oh!

¡Oh!

No sirve de nada diseccionar los defectos de la mujer, porque me temo que sería una tarea inútil que no me haría ningún favor. Está más claro que el agua que su familia llegó en un gran barco en los tiempos en que se fundó esta nación. Es despampanante, con su cabello rubio y sus rasgos delicados, complemento perfecto a su aspecto dorado. Su vestido está a la última moda, sus joyas, por supuesto, no son de imitación, sus labios forman una hermosa sonrisa.

¿Quién podría culparla por sonreír?

Me uno al resto de la sala para alzar mi copa de champán y brindar por la feliz pareja, mientras el padre de la futura novia anuncia el compromiso de su hija con un tal Nicholas Randolph Preston III. No solo es un Preston; es *el* Preston. El senador de los Estados Unidos sobre el que se rumorea que aspira a llegar algún día a la Casa Blanca.

Nuestras miradas se cruzan a través del salón de baile.

¿Cómo no he podido verlo a un kilómetro de distancia? Al final, la vida siempre es una cuestión de llegar en el momento oportuno.

Es la Nochevieja de 1958 y tu mundo son fiestas y excursiones para ir de compras; es Año Nuevo de 1959 y todo son soldados, pistolas y muerte.

Conoces a un hombre en un balcón y, por un momento, te olvidas de ti misma, solo para volver a recordar lo voluble que puede ser el destino.

Vacío la copa de champán de un trago muy poco femenino.

Y entonces lo veo a él, el motivo por el que he acudido a esta fiesta, y ya nada más importa.

Al contrario que Nicholas Preston, el hombre es bajo y rechoncho, está perdiendo pelo en la coronilla y su nariz encajaría mejor en una cara más grande. Lleva el esmoquin como si lo estuviera estrangulando. He estado investigando y he descubierto que lo invitan a estas fiestas por un motivo: su mujer es la preferida del circuito de galas benéficas, su apellido de soltera se pronuncia con

reverencia por toda la sala. Él está claro que prefiere el confort de las sombras, cada centímetro de su piel confirma los datos que me han pasado. Es un hombre al que no le asusta remangarse la camisa y ensuciarse las manos, que disfruta moviendo a líderes mundiales como si fueran piezas de un tablero de ajedrez.

Su apellido es Dwyer y es el hombre de la CIA en América Latina.

Antes, cuando Nicholas Randolph Preston III, el senador de los Estados Unidos y futuro esposo, me preguntó por la libertad, mentí. Sí que la disfruté, por un momento.

Y lucharé con todo lo que tengo para asegurarme de que nunca jamás me la vuelven a arrebatat.

Por muy hermoso que sea bailar con príncipes a la luz de la luna, he venido aquí con un asunto mucho más importante entre manos. He venido para conocer al hombre que va a ayudarme a vengar la muerte de mi hermano Alejandro y que marcará mi futuro.

2

EL MISMO BALCÓN, distinto hombre. La misma mirada evaluadora, pero en esta ocasión no hay un brillo de admiración ni una chispa de atracción. Y, por supuesto, no hay baile, aunque la música suene de fondo.

—Parece ser que usted y yo tenemos un enemigo en común —dice Dwyer.

Sus rasgos ásperos forman una máscara precavida; su mirada me recorre el rostro, el cuerpo. Su escrutinio es el de un espía avezado de tomo y lomo: inquebrantable, riguroso, aprovechado.

El papel de la CIA en América Latina ha sido sangriento y brutal. Los rumores sobre su implicación en lugares como Guatemala llegan a los círculos en los que ahora me muevo gracias al legado que me pasó mi hermano con su muerte.

—Así es —reconozco.

—¿Y piensa usted que puede hacer algo al respecto?

Dwyer saca un cigarrillo fino de una pitillera dorada; la llama de un mechero repujado también dorado hace crepitar el papel. La primera bocanada de humo se abre paso en el aire. El embriagador aroma del tabaco se adueña del balcón y se mezcla con los toques de perfume que me he echado en los puntos donde se toma el pulso.

—En efecto.

Puede resultar extraño que a mis veintidós años y siendo mujer me encuentre en este balcón, en lugar de otra persona como mi padre, alguien que se haya pasado la vida acumulando poder e influencia, pero mi edad y mi género me convierten en un arma

atractiva. Para que esto funcione, necesitan a alguien que pueda acercarse a Fidel, alguien a quien no vea como una amenaza y que pueda atraer su atención. A fin de cuentas, ¿a quién se descarta más rápido que a una mujer, sobre todo una jovencita, para más inri? Castro tiene muchos vicios, y es conocido que su talón de Aquiles es la belleza femenina.

—En La Habana estuvo usted implicada con los rebeldes. —La mirada de Dwyer es dura y levemente reprobadora—. La relación de la CIA con el expresidente Batista era compleja, cuando menos. Yo y otros como yo les causamos una buena cantidad de problemas a lo largo de los años.

La guerra hace extraños compañeros de cama.

—Así es.

—¿Debido a su hermano?

Tal vez su intención es pillarme fuera de juego con estos detalles de mi vida que está sacando a relucir, pero no me sorprende demasiado que conozcan la implicación de Alejandro en la Revolución y sepan cómo murió. Los americanos llevan mucho tiempo inmiscuyéndose en los asuntos de Cuba y moviendo los hilos de Batista y de otros como él con sus maquinaciones.

—Al principio —respondo, con un tono algo más frío.

Dwyer sonríe, un esfuerzo poco natural en una cara que parece dar poco uso a las agradables líneas que se deslizan por las arrugas y pliegues de su piel.

—Puedo aguantar que los mejores hombres sean enigmáticos, señorita Pérez, pero ha sido usted quien ha solicitado este encuentro, de modo que, si va a convencerme de que esto merece mi tiempo, será mejor que empiece ya.

En Cuba la gente sufre y muere mientras aquí un hombre en esmoquin trama un golpe a desgana entre caladas de cigarrillo. Y seguramente lo esté disfrutando, lo cual añade sal a la herida.

—Usted no habría aceptado verme si no estuvieran desesperados. —Mi confianza aumenta un poco con cada palabra que sale de mis labios—. No estaría aquí si no anduviera buscando formas creativas de llegar hasta Fidel —añado—, si Castro no hubiera

rechazado todas y cada una de las propuestas diplomáticas que ya le han ofrecido. Soy yo la que lo arriesga todo: mi reputación, mi familia, mi vida. De modo que, por favor, explíqueme cómo puede ser que yo le necesite a usted más que usted a mí. A mí no me costaría mucho encontrar a un hombre rico que me pusiera una alianza en el dedo y me comprara una gran mansión mientras el mundo arde a mi alrededor. Es usted quien tiene el aliento del comunismo en la nuca. Es su cabeza la que rodará si cae América Latina. Tiene un polvorín en potencia a ciento cuarenta y cinco kilómetros de las costas americanas. Necesita a Cuba. Y me necesita. No insultemos la inteligencia del otro fingiendo lo contrario.

Inclina la cabeza en un gesto burlón entre una nube de humo.

—Ya me dijo Eduardo que usted era algo más que una cara bonita.

Eduardo Díaz, el hijo de un amigo de mi padre, el hombre que ha orquestado este breve encuentro, uno de los muchos que han ayudado a mi familia a adaptarse a la vida de Estados Unidos.

Dwyer da otra calada a su cigarrillo.

—¿Me permite empezar de nuevo? ¿Por qué cree que puede llegar cerca de Castro?

—Porque es un hombre.

¿Hace falta decir algo más? No consigues cinco propuestas de matrimonio sin aprender un par de cosas sobre cómo manejar a los hombres.

—¿Se conocen? ¿También él la ha pedido en matrimonio?

Parece que, una vez más, mi reputación me precede.

—No, Fidel nunca ha tenido ese placer. Aunque con Guevara sí que he estado unas cuantas veces.

—¿Y Guevara confía en usted?

Me permito soltar un resoplido muy poco propio de una dama.

—No lo creo. Dudo que le importe una cosa o la otra, pero ¿no es esa la cuestión? Soy la chica a la que conocen por las páginas de sociedad. Una de las infames reinas del azúcar que tanto detestan, pero a las que no pueden resistirse. Nadie me considera una amenaza y, dado el tamaño de sus egos, su desprecio por mi familia y el

caché de mi apellido, la idea de hacer caer a mi padre resultará tremendamente persuasiva. Además...

Mi voz se apaga, pero no necesito terminar la idea. Revolucionarios, tiranos, da igual. Todos son, en el fondo, hombres. Se dejan llevar por otras cosas y no por su razón.

La mirada de Dwyer recorre mi figura de nuevo, examina las curvas que se muestran, asimila las señales de que mis circunstancias han empeorado: el vestido es de un color rosáceo que ya no está de moda, los zapatos que no son de mi talla, el estridente brillo del collar que llevo al cuello.

También necesito eso para mantener mi estatus y él lo sabe.

—Entonces ¿cómo propone llegar hasta él? ¿En Cuba?

Lo suelta como quien pone un caramelo delante de un niño. ¡Qué no daría yo por volver a casa, al único lugar que he sentido mío! ¡Por regresar con mis amigos, mis parientes, mi gente y detener esta espera sin fin!

—Quizá —respondo—. O cuando él tenga que viajar a Estados Unidos en viaje diplomático.

El pasado abril, Castro había recibido una invitación de Estados Unidos, tres meses después de hacerse con el poder. En su defensa, cabe decir que el presidente Eisenhower no lo recibió, pero Castro sí se entrevistó con el vicepresidente Nixon. En vista del hombre que tengo delante, el encuentro no fue bien.

—Castro no es un hombre descuidado. No con su vida, al menos. No será fácil acercarse a él, ni siquiera con sus considerables encantos —advierte Dwyer.

—No necesito que sea fácil. Solo necesito una oportunidad.

—¿Y si no lo consigue? Si sus guardias la detienen, podrían matarla. Es probable que lo hagan. Hay algunos sitios en los que su apellido no la va a proteger. ¿Está preparada para eso?

—Si no lo consigo, entonces que me maten. Se lo aseguro, soy consciente de los riesgos. No me hubiera ofrecido para esto si no lo fuera.

—No la tenía por una idealista.

Dice «idealista» como si fuera una palabra vulgar.

—No lo soy.

—Su hermano...

—Jamás hablo de mi hermano. No lo va a conseguir.

Alejandro fue el primero en alzar la voz cuando empezó a ver las grietas en la vida que llevábamos en Cuba antes de la Revolución. Su indignación ante la riqueza y el poder de nuestra familia en contraste con el sufrimiento de los que nos rodeaban se vertía en la mesa de la cena. Terminó uniéndose a la Federación Estudiantil Universitaria, uno de los grupos estudiantiles que se estaban organizando en la Universidad de La Habana, y colaboró con la resistencia contra el presidente cubano Fulgencio Batista. Participó en un ataque al Palacio Presidencial que le valió el repudio de nuestro padre. Aunque muchos veían a Batista desde una perspectiva negativa, nuestro padre eligió su amistad como un mal necesario.

Como con todo en nuestra vida, allá adonde iba Alejandro, yo lo seguía. Su rabia se convirtió en la mía; sus sueños, en los míos; sus esperanzas, en las mías; su muerte, en mi muerte.

Mi hermano se quedó en Cuba, enterrado en un mausoleo junto a incontables miembros de la familia. Su cuerpo descansa bajo el mismo suelo que ahora controlan sus asesinos.

Respiro hondo.

—¿Está interesado en ayudarme o no?

Dwyer aplasta el cigarrillo en el suelo con la punta de su zapato de noche.

—Es posible. Estaremos en contacto.

Se despide con un leve gesto de cabeza y me deja sola en el balcón, debatiéndome entre la esperanza y la desesperación.

Ahora que Elisa se ha casado, en casa solo estamos Isabel, María y yo con nuestros padres. María se pasa el día en el colegio mientras Isabel y yo luchamos por mantenernos ocupadas. Hacemos trabajos voluntarios en obras de caridad y en la iglesia, y luego, por supuesto, tengo mis actividades extraescolares políticas. Aun así, nuestra vida sigue teniendo poco sentido. He resucitado la discusión de que nos permitan ir a la universidad, y le he pedido a mi padre que me deje ayudarlo con la azucarera que está

intentando reanimar después de que estuviera a punto de morir gracias a la Revolución de Fidel.

Hace ocho meses el régimen aprobó la Ley de Reforma Agraria que limitaba la cantidad de tierras que podían estar en manos privadas para redistribuir el resto o apropiárselas para uso estatal. Con un trazo de bolígrafo, se desvaneció todo lo que mi familia y otros como nosotros llevábamos siglos construyendo. Los rumores que salían de nuestro país eran presagios de algo mucho peor: miles de conciudadanos habían sido torturados, detenidos, asesinados.

—Deberías tener cuidado.

La voz me asusta y me giro despacio, estirando un poco el momento con vanidad femenina, pero sobre todo para aclararme la cabeza.

Ahora que ya sé quién es, o ahora que sé que está oficialmente prometido, no ha dejado de ser de oro. De hecho, lo único que estropea su hermoso rostro es el ceño fruncido con el que me mira.

—Dwyer no es alguien a quien querrías caer mal —me avisa Nicholas Preston.

Dada su influencia política en el Gobierno, no me sorprende que esté familiarizado con el agente de la CIA. Por el interés que vi en su mirada, tampoco me sorprende que haya seguido mi salida del salón en medio del anuncio de su enlace.

Sin embargo, sus palabras me ofuscan por el tono de advertencia y porque implican que necesito a alguien que me vigile.

—Sé cuidar de mí misma.

—Tal vez, pero eso no significa que no debas tener más cuidado en tus relaciones personales. Dwyer no se sentirá culpable por usarte para lograr sus fines, y no se implicará demasiado con lo que te suceda en el proceso. No se anda con bromas.

—Bien, porque yo tampoco me ando con bromas.

Sus palabras me sientan igual que todas las que me decían mis padres. Las barreras y obstáculos: mi género, nuestro estatus, la necesidad de casarme con un hombre que aporte reputación a la familia, la importancia de mejorar siempre nuestra posición en el mundo.

Da un paso y ladeo la cabeza para estudiarlo.

—¿Debería estar usted aquí, senador Preston? No creo que a su prometida le haga gracia verlo tan preocupado por los asuntos de otra mujer. Sobre todo, de una como yo.

En esta apacible pequeña ciudad, en esta isla solitaria, soy un escándalo.

En su mejilla se percibe un tic al oír la palabra «prometida» salir de mis labios. Su cuerpo se sacude con la palabra «asuntos».

Sonrío, en esta ocasión enseñando todos los dientes.

—Repito, sé cuidar de mí misma.

No habla. El silencio es de plomo entre nosotros. A continuación, asiente con un movimiento rígido. La intimidad que ha existido entre nosotros momentos antes en el balcón se ha borrado.

—Claro que sabes. Discúlpame por entrometerme. —El leve tono de burla en su voz y la curva de sus labios sugieren que él también sabe morder—. Como has dicho, mi prometida me está esperando.

Resulta una frase de cierre muy efectiva, pues vuelvo a encontrarme con la visión de su espalda y la extraña sensación de ver cómo un hombre se aleja de mí.

Nunca he aceptado ninguna de las cinco propuestas de matrimonio. Nunca las he tenido en consideración porque, aunque la mayoría eran hombres bastante agradables —y otros insufribles, aunque poseían unas fortunas muy atractivas—, nunca me hicieron sentir nada.

Nunca se colaron bajo mi piel y me sacudieron.

En una noche, Nicholas Preston lo ha conseguido.